

*Autora de  
Monólogos de la vagina*

**Eve  
Enslер**

# **La disculpa**



PAIDÓS

**Eve Ensler**

# **La disculpa**

Traducción de Ana Pedrero

**PAIDÓS Contemporánea**

Título original: *The Apology*, de Eve Ensler  
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Bloomsbury Publishing Inc.

*1.ª edición, abril de 2020*

© Eve Ensler, 2019  
© de la traducción, Ana Pedrero Verge, 2020  
Corrección de estilo a cargo de Teresa Lozano  
© de todas las ediciones en castellano,  
Editorial Planeta, S. A., 2020  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3692-8  
Fotocomposición: Realización Planeta  
Depósito legal: B. 5.509-2020  
Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Imagen de la cubierta: © Kostsov/Shutterstock

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Querida Evie:

Qué extraño me resulta escribirte. ¿Te estoy escribiendo desde la tumba, desde el pasado, desde el futuro? ¿Escribo como si fuera tú, o como querrías que fuera, o como quien de verdad soy desde mi propia comprensión limitada? ¿Acaso importa? ¿Estoy escribiendo en una lengua que nunca hablé ni entendí, que has creado en el interior de nuestras mentes para salvar distancias y remediar nuestra falta de conexión? Quizá esté escribiendo tal como soy de verdad, ahora que me has liberado con tu presencia. O puede que no

esté escribiendo nada y que sencillamente me estés utilizando como un medio para satisfacer tus propias necesidades y tu versión de la historia.

No recuerdo haberte escrito jamás. Raras veces escribía cartas. Escribir cartas, acudir a alguien, habría sido una señal de debilidad; eran los demás quienes me escribían a mí. Jamás habría permitido que nadie pensara que me importaba lo suficiente como para escribirle una carta. Hacerlo me habría rebajado, me habría puesto en inferioridad de condiciones. Incluso contarte esto me resulta extraño. No es algo que de ordinario sabría o diría, a menos que hubieses entrado en mi mente. Pero no lo discutiré, pues se me antoja certero.

Tú siempre me escribías cartas. Me parecía peculiar y extrañamente conmovedor. Vivíamos en la misma casa y aun así me escribías, con tu caligrafía de niña pequeña, tratando de formar renglones rectos, pero desviándote por toda la página. Era como si estuvieras tratando de establecer contacto con algún aspecto de mí, con una parte que no encontrabas en los momentos más intensos de nuestro conflicto, como si mediante poesía trataras de apelar a un yo secreto que una vez te dejé ver. Normalmente, escribías cartas de discul-

pa. Qué apropiado que ahora quieras una carta de disculpa por mi parte. Siempre te estabas disculpando, suplicando perdón. Te había reducido a un degradante mantra diario de «lo siento».

Un día te mandé a tu cuarto sin cenar y te obligué a quedarte allí hasta que comprendieras y reconocieras tu mal comportamiento. Al principio te mostraste terca, callada durante veinticuatro horas. Tu madre estaba preocupada. Pero puede que entonces te entrara hambre o te aburrieras, porque me escribiste una carta en un pedazo de cartón que traían mis camisas de la tintorería. La pasaste por debajo de la puerta de mi dormitorio. Era una súplica dramática, una lista. Siempre te gustaron mucho las listas. Ahora veo que necesitabas catalogar las cosas, darles sentido con una especie de aritmética literaria.

Era una lista de todo lo que habías aprendido y todo lo que no volverías a hacer. Recuerdo que lo primero era mentir; no volverías a mentir. Y yo sabía, a pesar de perseguirte diariamente y de hacerte creer que eras una vil mentirosa, que eras la niña más sincera que había conocido jamás, aunque no conocía a muchas. Detestaba a los niños. Hacían ruido y lo desordenaban todo y se portaban mal. Era demasiado viejo para tener hijos, solo

los tuve para dejar mi legado. Pero estoy divagando. Aquella carta de cartón con tu apresurada caligrafía en rotulador morado y las flores torcidas que habías dibujado en los márgenes te sacó de la habitación, y ahora me pregunto si por eso seguiste escribiendo, como si se tratara de una especie de pasaporte hacia la libertad.

Desde que abandoné el mundo de los vivos he estado atrapado en un lugar de lo más debilitante. Se parece mucho a lo que la gente suele decir del limbo: la nada, el olvido. El limbo no es un lugar externo, no exactamente. Al contrario, he estado básicamente en ningún sitio. Flotando, sin amarres, dando vueltas. Aquí no hay nada, nada que ver, no hay árboles, no hay océano, no hay sonidos ni olores, no hay luz. No hay lugares tal como los concebimos, no hay arraigos, nada a lo que aferrarse. No, no hay nada, excepto el reflejo de lo que mora en mi interior.

«¿Qué es el infierno? Es uno mismo.»

Eso es de Eliot. Tal vez no sepas que era mi poeta favorito. Sus palabras acuden a mí a menudo en este limbo. Llevo casi treinta y un años de tu tiempo dando vueltas en este lugar, pero es extraño, porque aquí no hay tiempo, no hay más que un vacío agonizante, un espacio infinito que

me engulle y que es terroríficamente vasto y sumamente claustrofóbico a la vez.

Dejé el mundo de los vivos cargado de resentimiento y rencor. Incluso en mi lecho de muerte, la virulencia de mi ira fue más poderosa que el cáncer que consumía mi cuerpo. Mi rabia era tan perniciosa que era capaz de luchar contra la morfina y el delirio, y darme energía para diseñar y ejecutar mis últimos castigos. Y tu pobre madre, ¿qué podía hacer? La había amedrentado durante tantos años, atizándola con mis gritos, mi condescendencia y mis amenazas, que para entonces se había convertido en una cómplice apocada y fiel. Trató de seguirme la corriente, me decía que tal vez no fuera el mejor momento para tomar decisiones tan extremadas como aquellas. Lo hizo todo excepto decirme que había perdido la cabeza.

Mis últimos pensamientos y alientos estuvieron teñidos por el deseo de hacer daño, el deseo de crear un sufrimiento que perdurara en el tiempo. Puede que no lo sepas, pero en ese momento final insistí en que te eliminaran de mi testamento. No heredarías nada, «¡nada!», dije con mucha fuerza. Incluso en mi fragilísimo estado, aquel acto de venganza me dio vida. Fue la última oportu-

tunidad que tuve de abolirte, de erradicarte, de castigarte.

Y cuando tu madre me pidió que me lo replanteara, insistí en que tú te lo habías ganado. ¿Por qué iba a dejarle nada a una hija que había sido tan obstinada y desleal? El cuestionamiento de tu madre avivó mi furia todavía más y me volví más vengativo, tratando incluso de eliminar tu carácter. La obligué a prometerme que, dijeras lo que dijeras tras mi muerte, no te creería jamás, ya que hacía muchos años había quedado plenamente demostrado que eras una mentirosa descarada. Mentirosa. Obligué a tu madre a que se comprometiera, en esencia, a desconfiar y dudar de ti para siempre. En ese sentido, la obligué a exterminarte igual que yo lo había hecho. La obligué a escoger a su marido antes que a su hija, pero aquello no era nada nuevo, tu madre tenía mucha práctica en hacer ese sacrificio. Se lo había exigido durante la mayor parte de tu vida. Y yo sabía perfectamente lo mucho que se despreciaba por consentirlo. Veía cómo, con los años, había minado el respeto que se tenía como madre, eliminado su seguridad y su voz, y cómo la había debilitado hasta el punto de no gustarse o no reconocerse siquiera y, aun así, seguía insistiendo.

La primera etapa de mi tiempo en este reino de muerte, que sentí como si hubiese durado años, la pasé inmerso en un bucle infinito compuesto de todas las traiciones y decepciones vividas, de todas las formas en que mis compañeros, hijos y supuestos amigos habían puesto de manifiesto su estupidez o debilidad, reviviendo toda aversión justificable y ejecutando venganzas imaginadas. Naturalmente, tú estabas entre las primeras de la lista.

Abandoné el mundo tan furioso contigo, que para castigarte me negué incluso a avisarte de que me estaba muriendo. No te llamé para despedirme. Quería que las esquirilas de mi rabia te cortaran y te hicieran sangrar para obligarte a llevarme contigo, para que arrastraras una hemorragia de culpa y desesperación y te preguntaras durante el resto de tu vida por qué nunca estuvis-te a la altura, por qué nunca fuiste la hija que esperaba que fueras.

Resuelto a dejarte sin cierre ni final, no planeé ni permití siquiera que se celebrara una ceremonia o un funeral. Me parecían demostraciones vulgares y patéticas de emociones absurdas e inútiles. Y, además, si me llorabas, era muy probable que terminarás desprendiéndote de mí. Retener-

te era el único poder que me quedaba a esas alturas, la única forma de agarrar tu ser, la única forma de llamar y conservar tu atención.

Pocos días después de morir, antes de entrar en este plano, te vi sentada en el suelo de mi armario en Florida con la cara hundida en mi viejo jersey amarillo de cachemira. Al principio no entendí qué estabas haciendo, pero luego, a medida que te observaba, comprendí que estabas oliendo lo que quedaba de mí, inhalando mi colonia y mi esencia, tratando de hallar un lugar en el que depositar tu dolor. Y, a mi pesar, aquello me conmovió. Me devolvió a un tiempo que había sido dócil entre los dos, un tiempo albergado por un cariño casi insoportable. Verte en el suelo ante mi armario, tratando de hallarme, de hallar esa ternura, provocó en mí una oleada de tristeza y pérdida; y entonces desaparecí. Dejé atrás tu mundo, dejé atrás la belleza, dejé atrás la posibilidad de la salvación. Y fui arrojado al interior de una desenfundada repetición de ofensas y agravios.

Dicen que así como vives, morirás. Y es cierto que con el tiempo mi furia se volvió letal. «La ira es un veneno que preparas para tu amigo, pero que bebes tú mismo», solía advertirme mi madre, ya que siempre estaba inexplicablemente furioso.

Y entonces mi rabia cambió de sentido y me pudrió el cuerpo inundándolo de un terror insufrible. Fue como si la ira se hubiese replegado sobre sí misma, devorando y asfixiando mi angustiada psique en un callejón de lamentos, de una ansiedad insoportable, de dudas desgarradoras y de una torturadora autorrecriminación. No podía avanzar. No podía retroceder. No había salida. Paralizado en este lugar del limbo, carecía del lenguaje y de la voluntad, y de la comprensión para liberarme.

Sé que fui un cínico que rechazaba con desdén todas las sandeces relacionadas con el más allá. Pero ¿qué sabía yo sobre nada? Y a esto ni siquiera lo llamaría el más allá. No está «más allá» de nada, sino a continuación. En este sentido, la muerte es atroz e infinita. O quizá solo lo sea esta muerte concreta que me ha tocado a mí. Imagino que habrá otros a quienes su buen propósito los lleve en sus alas a lugares más resplandecientes.

Si he aprendido algo aquí –y no ha sido fácil aprender gran cosa, pues mi cerebro está ofuscado por la angustia–, lo que he descubierto es que es de suma importancia resolver los conflictos mientras vives, puesto que todos los asuntos pendientes te persiguen al siguiente plano y determi-

nan el estado de tu ser. Todo agravio que hayas ocasionado en vida, todo daño cuya culpa no hayas asumido, se convierte en una especie de fango espiritual, una sustancia viscosa que construye tu encierro. Es una jaula, pero está dentro de ti, y eso resulta todavía más insufrible e inquietante. Estás atrapado en ti mismo, absorbido por el barro de la obsesión eterna. Gritarías, pero el lodo es tan denso que impide que te salga la voz. No hay alivio posible.

Por eso te doy las gracias, Eve, por invocarme, por darme esta oportunidad de rendir cuentas por mis espantosas acciones. Sé que no hay ninguna garantía de que vaya a ser liberado de este angustiante limbo, pero tu ofrecimiento de recibir esta disculpa ya ha modificado este paisaje de desesperación.

Soy consciente de que tu propósito es claro. La profundidad y la sinceridad y la necesidad de tu misión son evidentes y potentes. Sé que me estás pidiendo que me disculpe, y debo decir que este terreno me resulta desconocido y antinatural. No recuerdo haberme disculpado jamás por nada. De hecho, se me inculcó que al pedir perdón uno muestra debilidad, se vuelve vulnerable.

Imagino que es mi vulnerabilidad precisamen-

te lo que necesitas de mí, tal vez fue lo que siempre necesitaste. Haré todo lo posible por no justificar ni racionalizar mis acciones. Al contrario, trataré de dar cuenta de mis acciones e intenciones. Al contártelas, no pretendo obtener comprensión ni perdón, se trata de una confesión en el sentido más profundo. Ciertamente, es algo que preferiría que permaneciera oculto ante ti, ante Dios, ante mí mismo. Pero ha llegado el momento de sumergirme, sin reservas, sin justificaciones, a esta rendición de cuentas.

Me he preguntado: ¿qué es una disculpa? Es humildad; es la admisión de las ofensas y una rendición; es un acto de intimidad y conexión que exige un gran autoconocimiento y entendimiento. Estoy seguro de que no daré la talla.

Esta disculpa requería tiempo, no podía precipitarse. Afortunadamente, aquí he practicado al revivir y reiterar mis crímenes sin parar, recreando mentalmente todos los detalles. Sé que has dicho que las disculpas deben ser exhaustivas y que solo merecen ser creídas en la medida en que sean veraces y detalladas. Me he esforzado al máximo. He seguido tus muy estrictas instrucciones: reconocer que lo que he hecho es un crimen; afrontar la dureza con la que mis acciones y violaciones te

han afectado y destrozado; verte como a un ser humano; tratar de experimentar o sentir lo que sentiste en tu interior; arrepentirme y lamentar mis acciones profundamente; y, finalmente, hacerme responsable de mis actos haciendo un inmenso esfuerzo por comprender qué me llevó a hacer lo que hice.

En esta carta tendré que retroceder para localizar las raíces de mi comportamiento. Seré tan honesto como una persona que anteriormente fue hipócrita sea capaz de ser. Trataré de proceder sin adoptar una actitud defensiva o autocompasiva, pues comprendo que no servirá para aclarar o resolver nada.

Entre los vivos, muchos creen no tener ninguna relación con los muertos. Yo era de esos, me ocultaba en el engaño, o quizá en la esperanza, de que lo que se fue, se fue. De que en vida somos criaturas de carne y hueso, y de que morimos y nos pudrimos o somos incinerados en éter.

Los muertos anhelan a los vivos, puesto que tan solo a través de ellos, mediante sus elucubraciones más profundas y su empatía, logran conocerse a sí mismos y ser liberados. Y si los vivos son capaces y están dispuestos a acceder a su amor por los muertos, si son capaces de acceder a su

rabia contra los muertos, y en definitiva, de mantener una relación y un diálogo verdadero con los muertos, los muertos se alzarán y hablarán. Permanecemos alojados y escondidos en nuestras familias y en nuestros seres queridos, en aquellos a quienes hemos herido y en aquellos a quienes hemos cuidado. Estamos en las paredes de las casas viejas y en el silencio del ocaso, en los momentos de celebración, en los ritos y rituales de los nacimientos, de los casamientos y de los funerales, y en cualquier lugar en el que los vivos ansían la presencia y la aprobación de los muertos. Estamos presentes como una célula latente en el torrente sanguíneo, esperando que nos catalice la devoción de los vivos, y su necesidad de comprender y de alcanzar una resolución. Ahí estamos, encendidos por la generosidad que demuestran los vivos al recordar y estimar y pelear y luchar y restaurar.

No me sorprende que seas tú, Evie, quien me haya invocado. Tú, que estuviste dispuesta y fuiste capaz de soportar mi tristeza y mi dolor cuando yo no podía acercarme a ellos, de llorar mis lágrimas cuando yo estaba seco, de reivindicar y sostener y tratar de conocer la esencia de un alma a la cual yo había traicionado.

Estoy seguro de que te sorprenderá ver que sé escribir, y todavía más descubrir mi forma de hacerlo, el lenguaje que empleo. Yo mismo me he sorprendido, francamente. Me imagino que es más formal y emocional de lo que habías previsto. Pero lo que no sabes (o quizá sí sepas, muy en el fondo) es que soñé con ser escritor. Escritor o rabino. Soñé con una vida solitaria de meditación, estudio y reflexión, con una vida filosófica para tratar de comprender las grandes cuestiones relativas al significado y a la materia.

En muchos sentidos soñé con la vida que tú has tenido. Y si hallo algún consuelo en contemplar las consecuencias de mis deplorables acciones, a veces imagino que tal vez fueran mis sueños frustrados los que entraron en ti e inspiraron tu destino. No estoy tratando de atribuirme el mérito de quién eres o de tus logros. Tú has levantado tu vida, centímetro a centímetro. Y sé que una gran parte de quien eres no tuvo tanto que ver con construir como con reconstruir, con unir los fragmentos de tu ser que yo, con violencia y estrategia (consciente o inconscientemente), hice astillas y esparcí. Soy plena y trágicamente consciente de quién habrías sido: una mujer segura de ti misma, segura de tu memoria y de tu inteligencia,

feliz, viviendo en el interior de tu cuerpo. Vi quién eras antes de obrar mi destrucción.

Y quizá por eso tuve que lastimarte tanto, que trabar tus rodillas desde el principio. De ninguna manera iba a permitir que me superaras, que me pusieras en evidencia como el fraude o el fracaso que era. Pero tal vez, solo tal vez, te transmití una parte de mi verdadero anhelo. ¿Sabías que soñaba con estudiar la Torá? Mi mayor ambición era entregarme en cuerpo y alma al texto, sacrificar incluso mi vida por él.

No deseaba tener hijos o esposa, y por eso no me casé hasta los cincuenta años. Me resistí todo lo que pude con la esperanza de que alguna intervención milagrosa cambiara mi camino y me concediera el sueño de una vida que yacía enterrada bajo esta. Las personas me interesaban muy poco. Me irritaban y me decepcionaban, mientras que los libros y las ideas me servían de sustento e inspiración. Mi espíritu huraño e inquieto estaba atrapado en una casa de los años cincuenta, con una mujer del Medio Oeste, tres hijos, un Cadillac verde oliva y una empresa de polos que dirigir. ¡Qué absurdo!

Así que te doy las gracias. Tu llamada y tu presencia han interrumpido mis vueltas y, por prime-

ra vez en treinta y un años, el dolor y la tortura se han detenido. Y por ello, aunque solo sea momentáneamente, te estoy profundamente agradecido. Qué extraño, yo nunca estuve agradecido. No recuerdo haber pronunciado jamás esa palabra. ¿Por qué iba a sentirme yo agradecido cuando el mundo entero me fue concedido por pleno derecho? Sucedió lo contrario, era el mundo el que debía agradecer mi existencia.

Ese privilegio, el derecho divino de los reyes, me lo confirió mi madre, quien según el decir general era una autoridad igual de presente, formidable y fiable que Dios. Era muy hermosa y muy estricta.

Fui el hijo menor, nacido mucho después que el resto, a todas luces no planeado, pero sin duda especial. Fui el accidente que se convirtió en milagro. El favorito. El elegido. El niño que iba a cumplir la promesa de las más elevadas aspiraciones de mi madre y a descargar a mi padre de su depresión y de su desilusión crónicas. Desde el momento en el que tuve consciencia, se me hizo creer que era mejor, más inteligente, más valioso, más digno de admiración que quienes me rodeaban. Lo que no sabía era por qué razón. Sigo sin saberlo.